



Kamiya, Alejandra. *Los árboles caídos también son el bosque*. Buenos Aires: Bajo la luna, 2015.

### *Los árboles caídos también son el bosque*

#### **Reseña sobre los cuentos de Alejandra Kamiya**

Rocío Sadobe<sup>1</sup>  
UNMdP – Celehis

*Estoy cómoda en la oscuridad.  
Veo cosas que imagino. Un dios muy viejo  
creando al hombre. Lo moldea de barro y lo sopla.  
Y finalmente ata a sus pies un pedacito de  
oscuridad al que llama “sombra”.*  
Alejandra Kamiya

Los cuentos de Alejandra Kamiya (Argentina, 1966) se comenzaron a publicar a partir de 2008 en diversas antologías como *Los que vienen y los que se van: historias de inmigrantes y emigrantes en la Argentina* (2008), *Por favor, sea breve* (2009) y *Los restos del secreto y otros cuentos* (2012). Pero fue en 2015 y 2019 cuando aparecieron los dos libros de cuentos propios que le dieron mayor reconocimiento y difusión: *Los árboles*

---

<sup>1</sup> Profesora en Letras por la Universidad Nacional de Mar del Plata. Integrante del grupo de investigación Cultura y Política en Argentina, dirigido por la Doctora Mónica Bueno. Integrante del Comité Editorial de la Revista Cuarenta Naipes. Contacto: sadoberocio@gmail.com

*caídos también son el bosque* y *El sol mueve la sombra de las cosas quietas*, respectivamente.

En una entrevista para el ciclo “Letras Emergentes 2” de Rumbo Sur, Kamiya cuenta que escribió toda su vida, desde niña, y que su hogar siempre fue multicultural: no solo porque su padre es japonés y su madre argentina sino también porque ambos leían muchísimo y ponían a su alcance todo tipo de lecturas, música y arte en general. Sin embargo, no pensaba en la escritura como algo a lo que se pudiera dedicar profesionalmente. Esto cambió cuando a los 42 años encontró en el taller de Inés Fernández Moreno un espacio lúdico que le permitió darse cuenta de que tal vez era algo que quería hacer. Dos años más tarde, Inés Fernández Moreno le sugirió un cambio: dejar sus clases y asistir a las de quien fuera su maestro, Abelardo Castillo, para pulir sus habilidades.

Así llegan a nosotros los cuentos que conforman el volumen que nos ocupa en esta ocasión: *Los árboles caídos también son el bosque*. En este libro advertimos que el estilo de Kamiya ya está delimitado y cada uno de los doce cuentos que lo integran lleva su marca personal, es una de esas autoras que podríamos reconocer de inmediato, con solo leer algunos párrafos.

Romper el hielo no es fácil y Kamiya lo hace con un hacha pesada y brutal en el primer cuento titulado *Desayuno perfecto*. El relato, narrado en segunda persona, nos acerca al último día en la vida de una mujer y también a una serie de recursos y temas que se van a ir retomando en los cuentos siguientes.

Las antítesis aparecen de forma recurrente, al igual que las comparaciones, pero ambas son utilizadas de una manera particular, estableciendo asociaciones que marcan un estilo original. Un ejemplo de la conjunción de estos dos recursos se puede identificar en la siguiente cita, que pertenece al cuento mencionado previamente: “Y la flor, abierta

como una boca que grita. Muda de sentido en su belleza” (2015, 10), y también –un ejemplo más entre tantos otros–, en *Arroz*: “Perderse en un lugar tan vasto se parece a un encierro” (29). La tensión entre los dos polos constantemente es utilizada para caracterizar a los personajes principales, para diferenciarlos del resto, para marcar que a pesar de ser “uno más del montón” también tienen sus diferencias: “Los demás y sus miradas como dedos que apuntan, y sus murmullos como moscas difíciles de espantar.” (33)

Otra distinción de los cuentos es que todos giran alrededor de un puñado de temas que, con mayor o menor protagonismo, enlazan las historias entre sí: la reflexión sobre la muerte, el secreto de las mujeres, la ausencia, la soledad, la familia, la identidad, el olvido, la espera.

La muerte que ronda en *Desayuno perfecto*, *Los restos del secreto*, *Las botas*, *El pozo*, *El pañuelo y el viento* y en *Tan breves como un trébol*, es mucho más que un destino trágico: es una parte de la vida, es un interrogante, es la siguiente etapa ineludible y en ningún caso aparece dramatizada, se la narra con naturalidad para los personajes, excepto en el último cuento, *Tan breves como un trébol*, donde una madre desesperada ve a un carnero correr a toda velocidad hacia su hijo y piensa “la muerte es un animal que corre hacia mi hijo quieto” (118).

Este último cuento, que al igual que el primero nos presenta a una protagonista que es madre, se sitúa en el campo, y no es este un detalle menor porque es el campo, el lugar de la infancia y del recuerdo, otra constante en Kamiya. *Los restos del secreto* y *El pañuelo y el viento* son claros ejemplos; en el primero, la relación de dos niñas que comienza con un juego teatral de representar grandes historias de amor que oían entre los mayores y que continúa a la distancia a través de cartas debido a la rivalidad de sus padres, el campo “es plano como una hoja y allí van ellas a escribirle historias” (13) con disfraces y con argumentos prestados, ya sean sacados de una noticia, de una película o de una

anécdota familiar. El campo es el secreto pero también la familia y el lugar seguro al que regresar, como en *El pañuelo y el viento* donde dos primos, Juan y Lala, regresan a la estancia familiar después de muchos años a pasar unos días de descanso, pero también a reencontrarse y a redescubrirse: “Abajo, donde no soplaba el viento, en la oscuridad y antes de poner en marcha la camioneta me pareció que podía escuchar el ruido que hacía la luna al moverse, como si raspara contra un cielo de metal, como si algo no estuviera bien en esa noche en la que nos tocaba estar.” (104)

Los secretos que guardan los personajes femeninos establecen una relación directa con lo no dicho, con aquello que no puede ser nombrado y que está estrechamente ligado a la violencia. No hay violencia explícita o cruda en los cuentos de Alejandra Kamiya, pero como lectores podemos reponerla a partir del silencio, de la soledad y de la angustia que atraviesan las mujeres. El cuento *Los nombres* claramente alude a una violación de una niña, pero en toda la historia no se usa ni esa palabra ni otra similar, directamente se evade su mención y el hecho se repone a partir del contexto:

Hay muchas cosas que no tienen nombre. Ciertos momentos del día, como aquel rojizo entre la tarde plena de luz y la noche, ciertos gestos, ciertos ritmos, algunas partes del cuerpo, algunos colores como verdes que no son ni agua ni musgo. Eso que no tiene nombre, existe. (31)

En ese mundo donde muchas cosas no tienen nombre, la protagonista aprende a distinguir las diversas formas que puede tener el silencio. Así como los esquimales pueden distinguir más de diez tipos de color blanco para referirse a la nieve, ella aprende a diferenciar los silencios, pero no aprende a nombrarlos. El secreto que la familia guarda y que ella desconoce le hace daño, el secreto que la hermana revela para liberarse pero que ella no comprende, hasta que crece: “Algunas respuestas llegan solo para obligarnos a una pregunta, y cuando hacen “click” una contra la otra hay en ese ínfimo sonido una clave para toda la paz del mundo.” (41)

Lo no dicho, lo que el lector debe reconstruir, cobra vigor en *Fragmentos de una conversación*, donde –literalmente– nos encontramos con fragmentos breves y aislados de una conversación/conversaciones entre una empleada doméstica y su empleadora a lo largo del tiempo. Debemos imaginar los huecos, reponer lo que no dicen, deducir sus secretos, los de cada una, a partir del diálogo cotidiano que encierra también el temor a la soledad.

Los secretos están ligados al silencio, pero también a la espera. Si bien en ninguno de los cuentos hay un registro preciso y detallado del tiempo, es algo que sucede y que los personajes se cuestionan. Tanto en *El pozo* como en *Los nombres*, “la espera no es más que un lugar como cualquier otro: uno puede acomodarse en ella y hacerla su lugar en el mundo” (40), y esa espera, ese “mientras tanto”, es un momento de reflexión sobre la identidad propia que invita al autodescubrimiento: “Los pensamientos pasan y él intenta ver sus formas de nube y descifrarlos. Mezclado entre recuerdos vuelve a él su nombre: Hyuga.” (80). Para los que esperan el tiempo se mide en paladas de tierra roja, en cajones de pescados fileteados, en manos que se vuelven como tortugas, en rostros cruzados por profundos surcos, en cartas que un día dejan de llegar. Al final: la muerte y el olor a mar.

Así como en el epígrafe de esta reseña –extraído del cuento *La oscuridad es una intemperie*– la protagonista dice que imagina a un dios viejo creando al hombre y atando a él un pedazo de oscuridad, así imagino a Kamiya creando a sus personajes que son capaces de añorar un hogar, entablar una conversación mate de por medio, preparar un desayuno perfecto y después cruzar el límite de lo establecido.

### **Referencias:**

Rumbo Sur, rumbosurtv. 27 de octubre de 2018. *Inés Fernández Moreno – Alejandra Kamiya/ Letras Emergentes 2.* [Video – Youtube]  
<https://www.youtube.com/watch?v=Od89RkvFTEo>